

*Sonetos, romances y libertades*, por Alfredo Bernardi, Buenos Aires, Editorial Dunken, 58 págs.

Alguna vez Marco Denevi se refirió a aquellos escritores solapados o potenciales que, resignando o postergando su vocación, habían enterrado sus talentos en oficinas, actividades comerciales o en ámbitos lejanos respecto del arte, y que aplastados por lo inmediato conocieron la frustración. No faltaron, sin embargo, los que pudieron combinar secretos mandatos con la necesidad de afrontar lo cotidiano. Entre los ejemplos más ilustres están T. S. Eliot, ejecutivo de Faber & Faber, o Raymond Chandler, gerente en una petrolera norteamericana.

Hasta cierto punto, el mismo Denevi fue otro.

Alfredo Bernardi, porteño, doctor en Ciencias Químicas y Consultor en Organización y Recursos Humanos se suma a la larga lista. Su primera publicación da cuenta de una rica vida interior gratamente plasmada en versos que combinan el soneto, el romance y el verso libre.

Los temas recurrentes contenidos en *Sonetos, romances y libertades* son el amor y el tiempo, sin eludir la expresión religiosa. Bernardi se muestra especialmente efectivo en el tratamiento de estas cuestiones fundamentales a través del soneto: "Amor perplejo", "Dolor y amor" y "Las manos" constituyen una muestra elocuente de lo que el poeta puede hacer con las palabras cuando la voz franca es el resorte. En otro sentido, el romance titulado "Mi tiempo" reserva para el lector sorpresas en las que se combina lo existencial con lo probablemente autobiográfico. Igualmente contundentes son las líneas que campean en "Tiempo fugaz": *Tiempo fugaz que se convirtió en moneda / multiplicando las horas con las vidas.*

Si *Sonetos, romances y libertades*, poemario con cimas y simas—en el que no falta algún guiño borgeseano—concentra, como casi todo libro primero, la esencia de lo que vendrá, cabe esperar de Alfredo Bernardi nuevas realizaciones en las que, como en ésta, la palabra resulte una conjunción de sugerencias y revelaciones.

Juan José Delaney

*Siete Vidas*, por Flaminia Ocampo, Buenos Aires, Victoria Ocampo, 2004.

La novela de Flaminia Ocampo *Siete Vidas* fundamenta su atractivo por ser un relato cuyo narrador omnisciente muda su voz del presente inmediato al pasado del protagonista pero no en esta vida sino en las anteriores que han dado razón y motivo a la actual.

Independientemente de nuestras creencias al respecto, el tema de la reencarnación permite a la escritora un lucimiento cuasi teatral que se manifiesta en las abusivas y sobreactuadas descripciones que hace de los personajes en sus instancias más íntimas.

A esta licencia literaria poco creíble se contraponen la capacidad resolutoria de la pluma de Flaminia Ocampo para traernos y alejarnos del presente, sin fracturas en el relato.

Si bien la escritura es fluida, los diálogos mantenidos por los personajes de otros tiempos no dan credibilidad al momento

histórico que pretenden habitar. Aun teniendo en cuenta que en la ficción todo es posible, se debe guardar un cierto grado de coherencia para respaldar el acuerdo tácito entre lector y narrador.

Esta novela bien puede catalogarse de psicológica, cuyo cometido principal es el eterno *topos* literario, la propia búsqueda.

Como un intento novelesco parece peculiar y atinado pero difícil de creer debido a la falencia operada en la factura dialógica.

El mayor acierto de la escritora radica, entonces, a mi criterio, en la existencia de relatos paralelos, uno circular, que comienza y concluye con el asesinato, y seis intercalados, que en un tiempo lineal ascendente tratan de explicar y justificar el presente inmediato del protagonista.

Más que lectura de verano y menos que para relectura, de las cinco plumas que tengo para calificarla, le adjudico dos y media.

Liliana Speroni

*Por las calles de Dios en plena siesta*, por Julia V. Iribarne, Buenos Aires, Victoria Ocampo, 2004, 220 págs.

Ya desde las primeras líneas Julia V. Iribarne revela el tono de tierno humor que anima las páginas de su novela. *Por las calles de Dios en plena siesta* es una obra simple y en esto radica su belleza. Sin lirismo, sin retórica trillada, a través del habla de sus personajes, la narradora describe su alma. No se trata de un logro menor.

En Las Cachilas, pueblo ubicado en algún lugar del noroeste argentino, se nos presenta una serie de mujeres que, en la siesta pueblerina, busca la trascendencia: Carmencita, una adolescente que va descubriendo el mundo, su misterio y sus miserias y que sufrirá una serie de conflictos y transformaciones internas; los secretos de Donosa, su madre que herida por el abandono inventa una serie de muertes heroicas para su marido y, en la ronda de mate con amigas, hablando casi de nada, intenta remediar la soledad; Misia, la curandera del pueblo, que por haberse "metido" con fuerzas superiores a ella está condenada a vivir en una silla de ruedas (este personaje otorga a la historia su cuota de maravilla y de magia que la narradora no intenta explicar).

La abuela Catalina, enamorada de un domador de leones, decide recorrer el mundo como odalisca de circo. En misivas a su nieta Carmencita nos va mostrando la verdadera causa de su partida: la apatía ante la vida rutinaria de Las Cachilas. Sin embargo también en el mundo de circo la vida se repite, los trapecistas, los payasos, el domador, no son seres extraordinarios sino de carne y hueso, como todos.

Es posible oír muchas otras voces en *Por las calles de Dios en plena siesta*, pero todas tienen un denominador común: la búsqueda de lo fundamental en lo cotidiano. En los sueños frustrados de los personajes, en sus soledades y en sus descubrimientos nos vemos muchas veces reflejados, lo cual nos hace partícipes de esta historia que muestra la crueldad de la vida pero sobre todo la belleza de su misterio.

Javier Ibáñez